

que la España le cedería el Franco-Condado y varias plazas de los Países-Bajos, devolviendo algunas de las que había adquirido por el tratado de Aquisgram ó en el curso de aquella guerra. Mayores exigencias tuvo con el emperador, á quien obligó á que le abandonase á Friburgo, llave de la Alemania. El Brandeburgo y la Dinamarca, después de nuevos combates, renunciaron á las conquistas que habían hecho contra la Suecia, y concluyeron la paz tanto con aquella potencia como con Holanda. Fué reintegrado Carlos de Lorena, pero con tan humillantes condiciones, que prefirió permanecer desposeído. Nada perdieron los holandeses, escepto sus enormes gastos. La España pagó los de la paz, aun cuando no tenía interés en ella, y permaneció sin garantías; de tal manera, que para asegurar lo que le quedaba en los Países-Bajos se unió á la Inglaterra.

Por innobles motivos de venganza y ciega ambición había comenzado la Francia las hostilidades, y salía de ellas con gloria; pero si Luis XIV había abatido á los de Witt, había tambien elevado á su más poderoso rival. Quedó aun probada la superioridad de la Francia por el hecho de que su

idioma, que treinta años antes no le hablaban más que un pequeño número de personas en Osnabruck, lo era entonces por todo el mundo; y desde este momento fué el francés la lengua de la diplomacia (12). Victorioso en todas partes Luis XIV, estableció la línea de sus fronteras con más concierto, y después de haber proporcionado á sus generales la ocasion de adquirir mucha gloria por su valor, y mucha infamia por su insaciable avaricia é inútiles atrocidades, obtuvo el título de Grande.

(12) El obispo Newton dice con respecto á la Inglaterra bajo el mando de Cromwell: «Ni la república ni Cromwell querian bajarse á pagar á ninguna nacion extranjera el tributo que comunmente se paga al rey de Francia, es decir, tratar los asuntos en la lengua de este príncipe. Creian que ésta era una cosa vil é indigna de una nacion libre. Adoptaron, pues, el noble partido de no escribir á nadie ni recibir ningun despacho que no estuviese en latin, lengua comun á todos. Bueno hubiese sido que los príncipes que sucedieron hubiesen imitado aquel ejemplo, pues la opinion de hombres muy prudentes es, que la universalidad de la lengua francesa debe producir la universalidad de esta monarquía.

## CAPÍTULO VI

### NUEVAS GUERRAS.—BOMBARDEOS.—PAZ DE RYSWICK.

**Fin de Colbert.**—De tal manera habia prevalecido Louvois sobre Colbert, que puede considerarse á éste como borrado de la política desde 1670, en cuya época los intereses del comercio y de la industria cedieron el paso á la política exterior. El ministro de Hacienda no tuvo desde entonces que hacer más que buscar los medios, cualesquiera que fuesen, para atender á los gastos de la guerra. Hubiera sido de desear que Colbert hubiese renunciado á un empleo que no podia ya conservar con honor; pero el heroísmo de aquella época, dificilmente resistia á los reyes. Tal vez tuvo bastante valor para permanecer en un puesto en que podia evitar mayores desastres, haciendo frente á la execración de los pueblos que le maldecian por las enormes contribuciones que sufrían, resignándose con ver arruinar en su nombre los establecimientos que habia hecho prosperar, y á los soldados ocupar los puestos que destinaba al culto de la ciencia y de la industria. Tratábale, sin embargo, Luis XIV con dureza; y se atrevió un dia á echarle en cara la economía con que Louvois habia construido las fortalezas de Flandes. No resistió Colbert á este golpe, muriendo poco después. Habiendo enviado el rey á preguntar por su salud: «No me hableis más del rey, exclamó; dejadme al menos morir en paz. Si hubiera hecho por Dios lo que he hecho por él, dos veces me hubiera salvado. Ahora no sé lo que sucederá.»

Colbert fué, después de Sully, el ministro más útil á la Francia, y no tuvo quien le igualase. De esta manera pudo el presuntuoso Louvois estimular con toda seguridad la arrogancia y ambición de su amo. No queriendo disminuir su poder con el desarme, le aconsejó una guerra fiscal que debia dar ocasion á empuñar las armas. Le hizo crear *ámaras* de reunion, destinadas á examinar la estension precisa de las cesiones y dependen-

cias obtenidas por los tratados de paz de Westfalia, Aquisgram y Nimega. Sentó como base dos principios enteramente nuevos en derecho, ó puramente franceses, á saber: 1.º una ley sálica, que no admitia que un territorio que habia pertenecido una vez á la corona pudiese separarse de ella; además, que los príncipes que habian cedido sus feudos de obispados al rey de Francia, debian reconocer su señoría sobre estas posesiones. De esta manera se adjudicaba Luis XIV más pais que el que habia adquirido por la guerra, y para sostener sus pretensiones conservaba en pié su ejército, cuando los demás príncipes habian licenciado los suyos. En su consecuencia, apenas adjudicó el tribunal las dependencias cuando Louvois envió tropas para ejecutar la sentencia; de este modo se regocijó Luis XIV con sorprender á Estrasburgo (1681), llave del Rhin, donde encontró un magnífico parque que contenia novecientas piezas de artillería.

El mar habia venido á ser el objeto preferente de las potencias y el campo en que éstas median sus fuerzas. Ansioso, pues, Luis XIV de hacer ostentacion de las numerosas que habia reunido, las presentó.

Continuaban amenazando los cuatro Estados berberiscos del Africa, el comercio y las costas meridionales de Europa. En 1500, Hassan, que se vanagloriaba de ser descendiente de Mahoma, y manifestaba mucho celo hácia su religion, la reformó en Marruecos. Adoptó el nombre de Scherif, bajo el cual ocuparon sus hijos á Fez, y estendieron su imperio hasta los confines de la Guinea. Más tarde Muley-Ismael tomó en 1672 el título de emperador, declarándose independiente de la Puerta, resultando la tiranía sin freno que nace de la confusion de los poderes político y espiritual.

Argel, Tunes y Trípoli se regían bajo la supremacía del gran señor, en una especie de república militar que se convirtió después en las dos últimas, en un puro despotismo ejercido por beyes ó gobernadores. Argel conservó el antiguo régimen bajo un bey, es decir, tío por la línea materna, que en la época que mencionamos había llegado á ser muy poderoso. No contento con infestar el Mediterráneo, había desembarcado en la Madera, en Irlanda y en Islandia, y armó en corso cincuenta bajeles tripulados cada uno por trescientos ó cuatrocientos piratas. Más de veinte mil cristianos se encontraban en sus prisiones; hacia ahorcar á los prisioneros holandeses, y quemar á los españoles en represalias de sus autos de fe. Propuso la Holanda una liga para concluir con la piratería; pero aquella proposición no fué más escuchada que lo que lo fué en 1815 en el congreso de Viena. Sonreía aquella empresa á Luis XIV, y envió sus escuadras á amenazar á Trípoli y á sitiar á Argel.

Se cree que las primeras bombas que se dispararon fué en el sitio de la Rochela por un tal Malhus, pero sin dirección cierta. Galí'eo y Torricelli enseñaron después á apuntar por el método de Tartaglia, y desde entonces llegaron á ser temibles. Bernardo Renau, de quien ya hemos hablado (pág. 357), propuso construir galeones, desde donde los morteros disparaban de tal manera, que sin desembarcar y sin abrir trincheras, se pudiese lanzar la muerte y la ruina á las fortalezas. Nunca se había emprendido una cosa semejante á bordo, y el ensayo que se hizo contra Argel, forzando al bey á capitular, pareció admirable; pero puede decirse en suma, que la expedición fracasó, pues no resultó de ella más que un tratado de cien años y la restitución de los prisioneros cristianos, lo cual se obtuvo también de Tunes y Trípoli. Establecióse una colonia francesa cerca de Bugía, pero tardó poco en ser destruida. El famoso renegado Mezzomorto, que mandaba entonces las escuadras berberiscas, pudo decir en aquella ocasión: «Si vuestro amo me hubiese dado la mitad de lo que ha gastado, hubiera hecho volar á Argel.»

Mejor éxito alcanzó Luis XIV en el ataque que cobardemente dirigió contra Génova, bajo el pretexto de que esta ciudad había proporcionado municiones á los argelinos, pero en realidad porque se inclinaba á España, envió Luis XIV una escuadra que la bombardeó sin consideración (1684), y la precisó á las humillaciones que tuvo á bien el vencedor imponerle.

Sin embargo, los súbditos de Luis XIV, á quienes su costosa gloria aniquilaba, murmuraban sin recatarse. Rebeláronse los bretones abiertamente dando el grito de: *viva el rey sin impuestos!* y proclamaron un duque; pero fueron sometidos y castigados con toda severidad, sin suprimir, no obstante, las causas de descontento. Asustadas las potencias con las usurpaciones del gran rey, volvieron á empuñar las armas. La Suecia y los Estados Generales formaron, para sostener la integridad

de los tratados, una liga, á la que se adhirieron el emperador, la España y varios círculos del imperio. Pero se procedió con la lentitud acostumbrada. El emperador tenía que defenderse de los turcos además de la Hungría; pero hasta la misma Viena y la España estaban aniquiladas; todos temían á tan gran potencia ó estaban minados por la corrupción que penetraba audazmente hasta en las moradas reales. Resultó de esto finalmente una tregua por veinte años (1683), que confirmaba á la Francia sus recientes usurpaciones.

Con objeto de conservar la paz ó preservarse de la guerra, el emperador, los reyes de España y Suecia, el elector de Baviera, la casa de Sajonia, los círculos de Franconia y del Alto Rhin formaron una nueva liga en Augsburgo, bajo los auspicios del príncipe de Orange. Ahora bien, lo que se siguió manifestó cuanta razón tenían en adoptar sus precauciones. En efecto, apenas habían pasado cuatro años de la tregua que se había firmado por veinte en Ratisbona, cuando Luis XIV imputó al emperador la intención de atacar á la Francia desde el momento en que se reconciliase con la Puerta. Proclamó además que la duquesa de Orleans, su cuñada, tenía derecho á suceder en la línea electoral palatina, estinguida sin representante varón, aunque las leyes del Imperio y un testamento se opusiesen á aquella pretensión; en fin, sostuvo que no se tenía razón en preferir á Clemente de Baviera, como elector de Colonia, al candidato que él recomendaba. Concluyó, pues, con una declaración de guerra, y al momento invadió el Imperio.

Aquellos frívolos y no verdaderos motivos cubrían el que era efectivo, es decir, la intención de humillar á Guillermo de Orange. Declarado aquel príncipe estatuder hereditario, había procurado á la Holanda una época de prosperidad, apaciguado las facciones en lo interior, llegado á ser en el extranjero árbitro de las relaciones de los diferentes Estados. Hábil político y valiente guerrero, se proponía poner límites al poder de Luis XIV, «perturbador de la paz y enemigo común de la cristiandad.» Richelieu y Mazarino hubieran hecho permanecer á la Francia unida á la casa de Orange; Luis XIV se separó de ella por baja envidia, y adoptó el partido de los Estuardos, para impedir que Guillermo subiese al trono de Inglaterra, al que le llamaban sus derechos y el voto de una facción. Pero indignada ó asustada la Europa, se reunió de nuevo en Augsburgo, y empuñó las armas. Guillermo se ciñó la corona británica; Víctor Amadeo II de Saboya, que consideraba la Francia como el único obstáculo que le impedía llegar á ser la primera potencia de Italia (1689), se unió á la España, como también el rey de Dinamarca, los príncipes del Imperio, y además la Inglaterra, que entonces no formaba más que una sola potencia con la Holanda. Las tropas que debían poner en pié ascendían á doscientos veinte y dos mil hombres.

Para hacerles frente Luis XIV llamó las guarni-

ciones de las plazas fuertes que había adquirido en Alemania, mandándoles que lo asolasen todo para poner un desierto entre la Francia y sus enemigos. Todo el Palatinado, una parte del electorado de Tréveris y del margraviato de Baden, y otros territorios situados también en las orillas del Rhin, fueron saqueados, minados los puentes y robadas las casas. Manheim, Worms y Espira fueron destruidas enteramente, sin tener siquiera consideración con los sepulcros de los emperadores, y se prohibió el sembrar en cuatro leguas de un lado y otro del Mosa. Dos años duraron los incendios, dirigidos por el mariscal de campo Melac, hombre brutal, que dormía con dos lobos. «Conozco, decía, que no soy el diablo, como lo pretenden; pues he hecho todo lo posible por tener relaciones con él, y no lo he conseguido.» Como se le preguntase al duque de Crequi por qué se había portado de una manera tan bárbara con aquellas ciudades: *El rey lo quiere así,* contestó; y enseñó una lista de más de doscientas ciudades y aldeas, destinadas á ser presas de las llamas.

Aun cuando fuera verdad que el rey no hubiese sabido nada y que la orden procediese de Louvois, ¿ha de ser esto una excusa? Semejantes atrocidades, dignas de Gengis-kan, eran también inútiles, porque como la Gran Bretaña y el rey Guillermo constituían la principal fuerza de la liga enemiga, hubiera sido preciso sostener á los Estuardos y equipar escuadras. Pero como cuando Seugnelay, hijo de Colbert, apenas ascendió al ministerio de Marina, había sugerido, para adquirir importancia, el bombardeo de Génova, Louvois para contrariarle quería que las hostilidades se verificasen por tierra, como sucedió. Aquel artífice de perpétuas guerras había tomado un ascendiente absoluto sobre el rey, no como los demás ministros, cediéndole, si no oponiéndole una voluntad tenaz. Había llegado hasta el punto de interceptar los despachos que le eran dirigidos, principalmente una carta del duque de Saboya, con objeto de interceptar los datos que condujesen á un acomodo. Habiendo encontrado el rey que una ventana del Trianon no guardaba simetría, sostuvo Louvois lo contrario, y como después de haberse hecho la prueba, fué convencido de no tener razón, dijo que suscitaría á Luis XIV tales embarazos, que no pensaría en que se corrigiese, y lo consiguió. Otra vez cambió dos veces el cuerpo de guardia del punto en que lo había colocado el mismo rey. Después de la ruina del Palatinado, aunque quería incendiar á Tréveris, y tanto más se obstinaba en ello, cuanto más se oponía al rey. En fin, un día entró en su gabinete diciéndole, que si escrúpulos de conciencia le impedían permitir que se incendiase la ciudad, él admitía que el pecado cayese sobre él, y que había dispuesto el incendio. La cólera de Luis XIV llegó hasta el grado de coger las tenazas de la chimenea para maltratarle, y concluyó diciéndole que su cabeza le respondería. Imposible era que Louvois no perdiese el favor del rey;

y en efecto, ya se había dado la orden de conducirlo á la Bastilla, cuando sucumbió á un violento cólico. Regocijóse Luis XIV con aquella muerte, y se paseó en rededor del sitio en que descansaba el cadáver de aquel que había tenido por señor. Sin embargo, Louvois fué un gran ministro, comparable con los más ilustres héroes y los más detestables agentes del poder; pues hizo la gloria de Luis XIV, y causó la desolación de Europa y la ruina de Francia.

**Batalla de La Hogue, 29 mayo 1692.**—Continuó, no obstante, la guerra; pero Luis XIV no hizo para cumplir las promesas con que ayudaba á los Estuardos sino muy débiles esfuerzos por mar, y la escuadra que dió á Jacobo II para intentar un desembarco en Irlanda no produjo ningún resultado. Armó otra escuadra, y con la idea de que los ingleses se sublevarían en favor del pretendiente, mandó á Tourville atacar al enemigo, «fuerte ó débil como fuese.» Este almirante presentó, pues, la batalla con solo cuarenta y tres velas, á noventa y nueve buques ingleses y holandeses mandados por Rusell. Los prodigios del valor francés no pudieron remediar lo absurdo de semejante orden, y la batalla de La Hogue hizo sufrir á Luis XIV la amargura de la derrota, tal vez también el remordimiento de haberla mandado. Terrible fué la impresión en los marinos franceses, que creían ver ya las costas de su país invadidas por el enemigo.

**Catinat, 1637-1712.**—Disponíase ya la Alemania á vengarse de las matanzas de que había sido teatro, al paso que se verificaban otras en Italia, España, los Países-Bajos y el Rhin. Un nuevo general se había formado para ilustrar el reinado de Luis XIV; éste fué Nicolas Catinat, primer plebeyo elevado á la dignidad de mariscal de Francia sólo por su mérito y sin intrigas. Estraño á los buenos modales, exento de las preocupaciones sin afectar desprecio de ellas, sabiendo conservar su filosofía en medio de las guerras y de las grandezas, los soldados le apellidaban el *Padre Pensamiento*. No obtenía ni solicitaba nunca favores de la corte. Preguntándole un día el rey en qué estado tenía sus asuntos: «Tengo todo lo que necesito, contestó. Este es el primer hombre, exclamó Luis XIV, á quien he oído semejante lenguaje.» Después de la campaña de Saboya, en la que había vencido en la difícil y oscura guerra de montañas, recibió de Louvois un billete concebido en estos términos: «Aunque hayais servido mal al rey en esta campaña, su majestad se digna conservaros en su gracia.»

Mientras que el mariscal de Luxemburgo conseguía la célebre victoria de Fleurus, bajaba Catinat á Italia, triunfaba en Estafarda y reducía á Víctor Amadeo solamente á su capital. Pero habiendo recibido aquel príncipe socorros de sus aliados, volvió á la carga, persiguió á los franceses hasta más allá de los Alpes, é insultó sus fronteras. Fué en fin batido en Marsella (1693), y cesó de tomar una parte activa en la guerra. Durmióse Catinat en su

campo después de la batalla, y se encontró al despertar rodeado de los trofeos de sus victorias.

El mariscal de Luxemburgo fué apellidado el tapicero de Nuestra Señora, por el gran número de banderas cogidas al enemigo, con que adornó la catedral de París. Pero ¿qué provecho reportaba á la debilitada Francia la gloria de sus armas? Recurrióse á los empréstitos, vendiéronse los empleos vitaliciamente, y establecióse la capitación. Sin embargo, los grandes hombres que el reinado anterior había preparado á Luis XIV desaparecieron poco á poco. De Lionne, hábil diplomático, capaz de comprender en una mirada á toda la Europa, cuya osadía dirigía la inesperienza del amo, y entreveía de lejos tanto las dificultades como los medios de vencerlas, había muerto en 1671: desde aquel momento la hábil política de Luis XIV cedió el puesto á una política apasionada. También murió Luxemburgo (1695); Luis XIV dejó de presentarse á la cabeza de sus ejércitos; las intrigas de sus queridas hacían ascender al ministerio á hombres incapaces. Sufrió la industria, con la prohibición que la Inglaterra había hecho, tanto á los nacionales como á los extranjeros, de comerciar con la Francia. Sufrió entonces los bombardeos de que había dado ejemplo: y los ingleses procuraban destruir los puertos de donde salían para darles caza centenares de osados corsarios. Llevaron una máquina infernal contra Saint-Malo; pero causó pocos estragos. Después bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, sin que correspondiesen los efectos á sus esperanzas.

**Paz de Ryswich.**—La Inglaterra se encontraba, no obstante (1), cansada de los sacrificios á los cua-

(1) Había perdido mil doscientos barcos mercantes, valuados en treinta millones de esterlinas.

les no veía un fin razonable; por otra parte la inminente muerte del rey de España hacía desear á los soberanos que pretendían la sucesión, un momento de descanso para prepararse á invadirla en total ó en parte. Recurrió de nuevo Luis XIV á sus artificios, y procuró disolver la liga separando de ella sus miembros uno á uno. Comenzó por Victor Amadeo, á quien le restituyó lo que le había tomado (1696); pidió la mano de una de sus hijas para el duque de Borgoña, y dispensáronse honores reales á sus embajadores. Secretas prácticas puestas en acción con los demás aliados produjeron en fin el congreso de Ryswick, en Holanda (20 setiembre 1697), donde se firmó la paz entre Inglaterra, España, los Estados Generales y la Francia.

Las condiciones fueron moderadas. La España recobró las plazas que había perdido en Cataluña, en los Países-Bajos, y además algunas de las que habían sido declaradas *reunidas*; la Inglaterra y la Francia abandonaron recíprocamente sus conquistas, y Luis XIV reconoció como rey á Guillermo, su mayor enemigo, sin ocuparse más de Jacobo II; la Holanda devolvió Pondichery á la compañía francesa de las Indias. Con respecto al Imperio, Luis XIV se aseguró la posesión de Estrasburgo, Kelh, Philipsburgo y Brisack, renunciando á los países reunidos. Con respecto á los derechos de la duquesa de Orleans, Roma los compró en 300,000 escudos.

Este tratado no restablecía los de Nimega, Westfalia y los Pirineos; pero tuvo por efecto asegurar la independencia de los Estados, cuyo peligro habían causado tres guerras, y hacer comprender mejor la necesidad del equilibrio. En su consecuencia, la Inglaterra se propuso desde entonces dirigir contra la Francia la política del continente.

## CAPÍTULO VII

### EL REY, LA CORTE Y LA SOCIEDAD.

En la época á que hemos llegado ya, los hechos nos han dado á conocer muy bastante á Luis XIV, de quien es muy difícil apreciar exactamente los méritos, considerando que ha sido alabado y vituperado sin límites. Siendo de mediano ingenio, su educación había sido tan desatendida, que apenas comprendía el latín del rezo. Bueno en el fondo, no se menciona de él ninguna venganza personal, y constantemente economizó las ejecuciones. Lleno de gracia y dignidad, de gravedad y política, eminentemente despótico, pero sólo por instinto y sin violencia ni perversidad, no fué ni valiente capitán, ni profundo político, y sí en realidad un gran rey poseedor de las cualidades más perfectas para deslumbrar, es decir, cualidades medianas; conociendo sin embargo todos los artificios propios para dar realce á las buenas y paliar las malas.

Richelieu y Mazarino habían dispuesto de tal manera su reinado y el sistema que había de seguir, que si hasta entonces había sido necesario que para que un rey fuese grande se elevara sobre sus contemporáneos, bastó á Luis XIV no hacerse superior á ellos. Halló en el exterior la Alemania fraccionada, el Austria decaída en cuanto á sus pretensiones á la soberanía, la Inglaterra entregada á las guerras civiles, la España en decadencia, la Holanda agitada y la Italia despedazada. A la Francia se le había dirigido hácia la unidad del territorio y jurisdicción; el feudalismo, que la había destrozado en los reinados precedentes, y los calvinistas que aspiraban á hacer de ella una república federativa, se encontraban abatidos; los privilegios de la nobleza, del clero y de las municipalidades servían para protestar contra el despotismo, pero no para impedirle. Luis XIV pudo, sin embargo, dedicarse á gobernar su Estado, y hacer de

la Francia una monarquía absoluta, que por su unidad llegó á ser el centro de la Europa.

Desgraciadamente se hizo brillar á sus ojos la gloria del conquistador como la más hermosa de todas; y una primera guerra injusta contra los holandeses, á quienes aborrecía como á herejes, como á mercaderes y como á republicanos, le arrastró á una serie de otras varias que le colmaron de gloria y le acarrearón un torrente de maldiciones. Parece que no le fué posible aspirar seriamente á la monarquía universal, luego que las naciones se hallaban consolidadas, y la cristiandad dividida en dos campos rivales. Por esto un rey para quien las armas no eran sino una ocasión de pompa, lo podía menos que otro cualquiera. Pero los frívolos pretextos que adujo más adelante para violar la paz, su desprecio á los tratados y derechos de otros, y las alabanzas que sus aduladores prodigaban á las acciones que eran menos dignas de ellas, sublevaron contra él las animosidades del miedo. Los príncipes del Imperio, fieles después y apegados á la garantía de su libertad, volvieron contra él aquella balanza política inventada para poner un freno á la ambición del Austria. Las potencias marítimas, á quienes la preponderancia absoluta sobre los mares les llegó á hacer árbitras de la Europa, marchitaron sus laureles, y lo que parecía resultado de ardientes y frívolas rencillas, llegó á ser una lucha de principios.

El mismo nos instruye de cuanto hay que pensar acerca de su política y de su fidelidad en los tratados, *en sus instrucciones al delfín*. «Aquí tocaré, hijo mío, un extremo quizá más delicado que otro alguno, en la conducta de los príncipes. Me hallo distante de querer enseñar la infidelidad, pero hay que hacer algunas distinciones en estas materias. «El estado de las dos coronas de Francia